

Editorial

## ¿Quién necesita doctores?

Who needs Ph.D.s?

En El Salvador, y a lo mejor en otras partes del mundo, las personas piensan que un doctor es el profesional encargado de diagnosticar y curar enfermedades en los pacientes. Asocian la imagen del doctor con la de un hombre o mujer de bata blanca, que con un estetoscopio al cuello, resuelve problemas de salud en su consultorio o en un hospital. Nada que ver. Estos profesionales son médicos y en general los doctores no guardan ninguna relación con la medicina.

Semejante confusión solo puede explicarse en términos contextuales, y en el contexto de El Salvador la figura del doctor, ese que en el contexto anglosajón le llaman Ph.D., es casi desconocido. El escaso conocimiento social del significado de ser doctor en El Salvador –que es el país donde reinan los licenciados– se debe probablemente a que hay muy pocos, tan pocos que sobran dedos en una mano para enumerar los doctores en cualquier universidad.

El hecho es que El Salvador no tiene tradición en doctores. Aunque el grado de «Doctor» se ha empleado como título académico desde que se fundaron las universidades en Europa, hace casi mil años, en El Salvador éste es apenas conocido. El título de doctor es el grado académico máximo que una universidad puede otorgar, y generalmente se obtiene después de haber conseguido el grado de máster. El doctor es por mucho, el profesional más valioso que una universidad puede dar a la sociedad. El prestigio del doctor va en proporción directa con el programa, institución y país de formación así como en su demostrada producción, experiencia y desempeño profesional.

Un doctor, un Ph.D., –que no es el mismo que un doctor profesional (doctor en derecho, medicina, odontología) u honoris causa– es un profesional de la ciencia, de una ciencia específica, y es capaz de hacerla avanzar. Es un profesional altamente cualificado para enfrentarse a problemas y resolverlos; hacerse preguntas, buscarles y encontrarles respuestas; ser crítico, analítico, reflexivo y

propositivo; estudiar e interpretar la realidad desde marcos científicos y hacerse cargo de dicha realidad; aumentar, gestionar y compartir el conocimiento. El doctor basa su crecimiento, competencia y experiencia profesional en replantearse una y otra vez todo lo que sabe; en cuestionar, desentrañar, comprender y transformar la realidad; en desafiar permanentemente con métodos rigurosos, el conocimiento establecido. El doctor es una pieza esencial –muy necesaria, aunque no suficiente– para el desarrollo social, económico, cultural, educativo, científico y tecnológico en una sociedad o país.

En los países desarrollados –en esas sociedades que valoran la educación y han construido a lo largo de su historia una fuerte tradición educativa– tienen una claridad histórica en la formación de sus propios doctores, en la retención de los doctores extranjeros ahí formados y en la atracción de los doctores formados en otras latitudes. En esos contextos, los doctores son valorados, respetados... y muy aprovechados. De ahí que muchos de los políticos que acceden a los puestos de liderazgo y función pública –presidentes y ministros– poseen el título de doctor y no es raro que posean más de uno. De la misma manera, es condición sine qua non que los asesores en las distintas instancias y áreas de gobierno ostenten el grado de doctor.

Pero estos doctores no solo contribuyen desde la palestra política y la gestión pública, sino también en la gestión privada donde son altamente valorados y cotizados. Además se les encuentra en los laboratorios, centros e institutos de investigación y en las universidades. De hecho, resulta impresionante ver cómo las nóminas de profesores en las distintas facultades de las universidades están llenas de sólo doctores, donde se dedican a la docencia y a la investigación. Igualmente impresionante resulta ver que forzosamente tanto decanos como rectores y otras autoridades de alto rango, son doctores. Desde esas trincheras, los doctores promueven y empujan el desarrollo económico, educativo y de las ciencias e inciden en los destinos de la nación.

Pero claro, nadie valora lo que no conoce y nadie puede dimensionar la importancia de lo que no tiene. Ese es precisamente el caso de El Salvador. Este país parece no necesitar doctores. Parece llevar una vida tranquila y feliz donde los doctores no tienen nada qué decir ni nada qué aportar. ¿Quién los necesita? Después de todo, siempre se las ha arreglado para resolver sus problemas, construir una sociedad, desarrollar una acción política, implementar una gestión pública y privada, hacer cultura y ciencia sin esos personajes. ¡Y vaya qué sociedad, cultura y ciencia que tiene!

En los países como El Salvador, más preocupados por la sobrevivencia, donde la educación no tiene el valor personal ni social que tiene en otras sociedades, y donde la realidad se rige por lógicas inversas, el doctor es una figura profesional que no tiene cabida. Para el caso, los líderes políticos, esos que conducen los destinos de la nación, son funcionarios que no tienen la formación universitaria más adecuada para su cargo, y lo que es peor, demasiado a menudo no tienen formación universitaria. Lo mismo puede decirse de sus asesores.

Las instituciones de educación superior habilitadas en el país –24 universidades, 9 institutos especializados y 7 institutos tecnológicos–, esos centros de formación profesional donde se pulen las mentes más lúcidas del país, apenas cuentan con 87 doctores contratados a tiempo completo (0.9 % del claustro de profesores). Es decir, de cada cien profesores universitarios, casi uno es doctor. De hecho la formación superior recae sobre profesores con título de pregrado (59%) que enseñan a una población total de 169,860 estudiantes de educación superior (MINED, 2013).

En términos de la innovación, investigación y producción científica de estas universidades, –esas áreas casi exclusivas para que los doctores incidan con sus conocimientos, desplieguen sus talentos y demuestren sus competencias– resultan ser las partes más débiles del nivel de educación superior. De hecho, según el ranking de SCImago 2013 sobre la investigación y la producción científica de las universidades, El Salvador se ubica en las últimas posiciones –incluso muy por debajo de Nicaragua y Honduras. Según este ranking, toda la producción científica, a manera de ejemplo, apenas representa el 5.8% de la producción científica de la Universidad de Costa Rica. Según USAID (2012) el desarrollo de la investigación en El Salvador es insuficiente debido a la falta de inversión (1.5% del PIB) y de recursos humanos calificados –carencia de investigadores sólidamente formados–, es decir, doctores.

Pero la carencia de doctores no es un privilegio de las universidades. Tampoco se les encuentra en laboratorios ni en centros e institutos de investigación, en principio porque tales unidades, adscritas generalmente a las universidades, son prácticamente inexistentes. Los tanques de pensamiento del país, que también son muy pocos, igualmente carecen de profesionales con esos perfiles de experticia, y a menudo sus contribuciones, observaciones y acercamientos se pierden en la función política-ideológica. Los “analistas”, “expertos” y “especialistas”, esos sujetos que suelen hablar con tanta autoridad y experticia en los medios de comunicación masiva sobre literalmente cualquier tema, a menudo ni siquiera tienen estudios universitarios y sus análisis no cumplen con la profundidad, rigurosidad y objetividad propia del enfoque científico. Luego estas “opiniones personales” –subjetivas, imprecisas, interesadas– forman opinión ciudadana sobre un hecho o fenómeno trascendental de la realidad del país.

El hecho es que El Salvador tiene uno de los entornos más estériles y adversos para que se forme y se desarrolle un doctor. Comenzando porque este es un país sin vocación educativa que carece de arraigo en la formación de estos profesionales. Aquí, el solo hecho de pensar en estudiar un doctorado ya constituye una clara falta de entendimiento, ya que, aunque suene peyorativo, estudiar un doctorado resulta ser más bien un acto de locura que un premio a la brillantez y una muestra de tozudez ante una empresa de antemano inútil y sin aparente sentido más que el personal. Es algo así como una historia de quijotes y molinos de viento. De ahí que pocos se atrevan a esta aventura tan abrumadora como incierta.

Este es el país del salario mínimo y de la mano de obra barata, donde un profesor universitario gana entre quinientos y mil dólares mensuales (USAID, 2012). ¿Qué sentido tiene “quemarse las pestañas” y sacrificarse tanto con estudios superiores para ganar como doctor un salario ridículo? ¿Qué sentido tiene contratar doctores como profesores universitarios si eso se puede resolver con licenciados? Además, este es un país de argollas y círculos cerrados – económicos y políticos– de compadrazgos y amiguismos donde el mérito y la meritocracia tienen poco valor. También es el país de la falta de oportunidades, de espacios y de opciones, de un sistema más bien pensado para la expulsión de su gente.

Este es un país que no sabe qué hacer con los pocos doctores que tiene, que no sabe dónde ponerlos, cómo aprovecharlos ni cómo retenerlos. Es más, tiene formas sistemáticas y consistentes para expulsarlos, promoviendo casi intencionalmente la fuga de cerebros para que vayan a poner su talento, conocimientos especializados y trabajo a otra parte. Por eso no es de extrañar que sean numerosos los ejemplos de doctores formados en el extranjero –en los cuales el Estado salvadoreño no invirtió un dólar– que al regresar al país, éste no les dio una oportunidad, un espacio, un salario medianamente digno para que se estableciera y proyectara, y ha tenido que abandonar el país y tomarse las oportunidades que le brindaron en otra parte.

En las extrañas lógicas de la realidad salvadoreña, nadie parece darse cuenta que se necesitan doctores.